

## Shakespeare Somos Todos

**Dr. Christian Santana Hernández**

Queridos amigas y amigos:

Les doy la bienvenida a un acto que siento como un homenaje a un autor fundamental para conocer a la condición humana. Al mismo tiempo, no puedo ni quiero comenzar mi intervención sin hacerles partícipes de la enorme satisfacción y el honor que siento al verme tan bien acompañado por ustedes.

Y, del mismo modo, permítanme que haga énfasis en don Alberto Gómez Barahona, como capitán de un barco tan bien dirigido como es esta Universidad. Y puesto que hablo de dirección, debo ser justo y destacar la seriedad, constancia y dedicación de su director de Comunicación y de todo su equipo. Gracias, Pedro e Isabel, por tantas facilidades y comodidades. Además, aparte de muchas cosas positivas, tienes algo especialmente bueno... y es que eres del Atlético, como yo.

Nunca antes había estado en la Muy Noble, Muy Más Leal y Muy Benéfica Ciudad de Burgos, y me iré con unas sensaciones maravillosas. Es más, pese a ser un canario en Burgos, con las bajas temperaturas que hay aquí, siento el calor que uno nota cuando está en su casa. Gracias, de corazón, por acercarme a una ciudad con tanta historia y encanto. De ahí que la Unesco haya sabido valorar la joya de Santa María, morada del Cid Campeador, y majestuoso exponente de la arquitectura gótica; así como, por ejemplo, el yacimiento arqueológico de Atapuerca.

Gracias por dejarme formar parte de la historia de esta universidad, que tan buenos y firmes pasos está dando. De hecho, con lo hábil que fue Shakespeare y su continua búsqueda de conocimiento, hubiera hecho uso de un medio de enseñanza tan

ágil, potente y sin límites como esta universidad. Gracias, en definitiva, a todos, al gerente, a Clara, que tan bien lleva el Twitter, por contar conmigo para esta charla (o conferencia) y por el enorme interés e ilusión con el que la han organizado. Denotando, sin duda, inquietudes, enorme sensibilidad y buen hacer. Además, en cualquier ámbito, y más en el educativo, es fundamental el buen ambiente y el compañerismo, y aquí, en esta Universidad, lo hay y se nota.

Argumentos suficientemente sólidos y motivadores para que uno, como cualquier persona que siente interés por la cultura, les dedique gustosamente todo el tiempo que sea necesario. Porque educar, al igual que vivir, es compartir.

Igualmente, y para que todos tengamos las mismas cartas, de modo que no sólo podamos jugar la misma partida, en igualdad de condiciones, sino que, además, puedan entender mi manera de sentir, es justo que sepan que están ante una persona, yo mismo, al que con 15 años le pusieron en sus manos una edición, que no estaba en castellano, de *Hamlet*. A partir de ese momento, comenzó una vida, mi vida, dedicada a estudiar y deleitarse cada día más con su autor y su mundo. Y comenzó, lo admito, un enorme dolor de cabeza para todas las personas que han convivido conmigo.

Ahora, amigas y amigos, hagan suyo este momento, y pasemos juntos a esta charla, que he denominado “Shakespeare somos todos”.

Porque, ciertamente, así es como veo los personajes que Shakespeare nos dejó, en un mundo que no ha cambiado, tal y como también nos enseñó.

Y aquí es donde quiero que ahora pongamos la mayor atención. Porque tampoco cambia el ser humano, ya que todos somos iguales. Una idea que iremos viendo a lo largo de los siguientes minutos y que quiero que hoy se lleven y que hagan suya. Un planteamiento que le será de suma utilidad a cualquier persona, tenga la edad que tenga,

a lo largo de su vida. Porque este mundo necesita de humildad, de no sentirnos tan dioses e importantes, y valorar lo mucho que todos nos pueden aportar, y lo mucho que se consigue siendo generosos y haciendo las cosas en equipo. De ahí que, en numerosas piezas de Shakespeare, se destaque tanto el valor de la camaradería y el compañerismo.

Para llegar a esta idea que quiero que se lleven, conviene comenzar siendo conscientes de que una de las características esenciales y definitorias de estos textos es el detallado estudio y conocimiento de la condición humana por parte de Shakespeare. Una posición que conduce hasta autores como Samuel Johnson, ya que no dudó en afirmar que un personaje suele ser un individuo pero, en el caso que nos ocupa, un personaje es, por lo común, una especie. Lo que, igualmente, me lleva a estar totalmente de acuerdo con Harold Bloom cuando asegura que estamos ante un autor que nos ha enseñado a entender la naturaleza humana y que seguimos volviendo a él porque lo necesitamos. Es decir, necesitamos mirarnos en el espejo que son sus textos y la cuestión está en cómo lo haremos:

¿Lo haremos para mejorar y darnos cuenta de los defectos que tenemos y aceptarnos? ¿O lo haremos para decir que somos maravillosos y ver carencias en los demás?

Estamos, sin duda, ante un autor que nos ayuda a conocernos, nos enseña que no somos perfectos, y ayuda decididamente a la mejora interior de cada persona. Porque cuanto antes seamos conscientes de los defectos y virtudes que tenemos, antes seremos mejores personas. Lo que le da un particular valor moralizador; una cualidad que Goethe valoró especialmente.

Para llevar a cabo tal acercamiento al individuo conviene destacar un elemento especialmente usual: el exceso. Un hecho al que Victor Hugo dedica especial atención. Así es como las cosas se ven con más claridad y quedan más marcadas.

Exceso en gustos, en discursos, en silencios, en llantos, en ira, en debilidad. Y esto nos permite, a su vez, compartir la convicción, manifiestamente generalizada, de que estamos ante un autor que es suficiente para conocernos.

Esto es así porque concibe el mundo como un escenario en el que, como meros actores, subimos a la escena y tenemos un papel que finaliza cuando salimos de ella. Es decir, el mundo es el lugar que nos enseña lo que somos y quiénes somos; con lo que el autor isabelino tiene una posición similar a la de Michel de Montaigne cuando asegura que este mundo “es el espejo en donde debemos mirarnos para conocernos”. Fíjense en que vuelve a aparecer esa metáfora del espejo que ya al inicio les indicaba. De hecho, cuando Hamlet toma una calavera y, al mirarla, dice lo de “Ser o no ser”, está mirando un espejo. Porque esa persona (él), será una calavera; y esa calavera, fue una persona. De manera, que, ¿qué somos? ¿Quiénes somos? Hagámonos esas cuestiones, pensemos en ello.

Si nos paramos a pensar nos daremos cuenta de que dedicamos la vida a definir todo comparando, de acuerdo a dualidades y dicotomías, con el único objetivo de saber quiénes son los demás y, posiblemente, para deducir quiénes somos. Y es curioso, porque en lugar de pararnos a pensar y escucharnos para conocernos, decidimos saber quiénes podemos llegar a ser comparándonos con los demás. De este modo, encasillamos, etiquetamos y dejamos por el camino un sinfín de posibilidades que, a buen seguro, nos hubieran permitido ver en los demás un potencial que se nos escapa. ¿Somos o no somos?

Ser o no ser, esa es la cuestión. Porque William Shakespeare no se cansa de decirnos que no somos lo que parecemos. Así nos lo enseña el personaje de Yago, en Othello, al decir: “I am not what I am”. Es decir, no soy lo que soy (lo que parece ser). Y es que nada es lo que parece. De manera que ni los buenos son tan buenos, ni los malos son tan malos. Simplemente son. Y cuando nos damos cuenta de que no somos lo que parece, nos surgen las dudas y formulamos la siguiente cuestión: ¿Qué somos? A lo que Shakespeare le añade la siguiente duda: ¿De verdad importa quiénes somos si podemos tener múltiples formas de ser que quedan determinadas por la situación que nos toque vivir? O sea, actuaremos de manera diferente, dependiendo del momento y la situación que nos toque vivir o padecer.

Shakespeare hace que nos lo cuestionemos todo. Porque en esto se basa su peculiar magnificencia. Y, por ello, nos identificamos con sus textos. De manera que percibimos que poseen una voz y un discurso que no ha envejecido en absoluto. Y, lo mejor de todo, así seguirá siendo.

Esta posición, a la que se llega en el análisis literario moderno, ya fue expuesta en su momento por diversos autores que afirmaron que nunca nadie ha ahondado de forma tan certera en el corazón humano, ni ha conseguido mostrar las pasiones con mayor sinceridad. Porque no es malo decir que no somos perfectos. Es incluso hermoso aceptarlo y mejorar lo máximo posible sin dañar a los demás. Siendo auténticos. Porque se puede ser auténtico y especial a la vez que imperfecto. Eso es el ser humano. Eso es lo que quiere Shakespeare que entendamos de una vez por todas, porque, por mucho que lo no lo admitamos, seguimos cometiendo el fallo de querer ser dioses.

No entiendo su legado artístico de manera diferente, y también considero que todavía contiene insospechadas aristas de la naturaleza humana. Por ello, y pese a que

autores como William Empson consideran que es una impertinencia añadir algo a los estudios shakespearianos, me parece que tenemos delante un mundo en el que aún hay cosas que decir, y considero que cada persona al tener una visión diferente tiene, por tanto, algo nuevo que aportar. Un hecho que me lleva a pensar en el excelente John Gielgud al pedir a los actores que todos los hamlets nuevos aborden el texto con una actitud individual y original y cuenten la historia como si fuese nueva. Por mi parte, tengo muy en cuenta el concepto montaigniano de que lo que se dice es mitad de quien lo hace y mitad de quien lo escucha. Y también baso mi argumentación en los postulados del teórico y filósofo Mijail Bakhtin cuando asegura que el discurso de cada persona tiene validez, ya que todo depende de la perspectiva desde la que se miren las cosas. En cierto modo, es lo que asegura Ferdinand de Saussure cuando afirma que en la lengua no hay más que diferencias, donde los valores de cada elemento vienen dados por su vinculación-comparación con los demás. Esto es posible porque, por medio de la historia, la significación lingüística de una pieza no se altera, pero cambia el significado simbólico, según las variaciones del lector y su situación en un sistema de valores. Lo que hace que piense en Salvador Oliva y comparta su punto de vista cuando afirma que “no hay que olvidar que la mayor virtud de Shakespeare es la capacidad que tienen sus textos para expandirse, no sólo en cada nueva lectura individual, sino también en cada nueva lectura generacional”. Y es que, de acuerdo con Ben Jonson, Shakespeare no era para una época, sino para la eternidad.

Considero (y así es como he analizado a este autor y sus textos, porque es lo que veo en ellos) que todos somos buenos por naturaleza, pero, cuando las pasiones nos dominan, no podemos determinar ni saber cómo actuaremos. Es decir, todos formamos parte de la condición humana y eso lleva consigo, al mismo tiempo, estar dominados

por las pasiones. De modo que, cuando nos gobiernan, podemos llevar a cabo actos sumamente hermosos y dignos de encomio, pero también llenos de maldad (pienso en Othello, Macbeth y Lear). Por eso, no debe llamarnos la atención que Verdi, en una carta enviada a Domenico Morelli, defina a Yago como una parte de la humanidad (aunque sea la fea). Y es que esa parte “fea” también existe, esa parte “fea” también puede convertirse en una característica de cualquier ser humano, sin depender de su posición social o económica.

Estamos ante la humildad e igualdad que he querido destacar al empezar. Una igualdad que nos debe enseñar, que debe convertirnos en seres más humildes ante un papel en este mundo que es efímero y que, por mucho que nos pese, no va a convertirnos en esos dioses del Olimpo a los que tanto se alude en el siglo XVI y que eran inmortales. Somos de carne y hueso, de esa carne a la que alude Hamlet cuando dice que no siente pena por el ser humano. Y esto nos debe enseñar, y tenemos que asumir lo que a lo largo de la historia ha acontecido en sucesivas ocasiones sin que, por ello, hayamos empleado esta enseñanza en su justa medida. Lo que sí podemos hacer en comparación con las anteriores generaciones, incluso civilizaciones, es no cometer los mismos errores. Eso, de por sí, sería un éxito y una herencia incalculable.

Pero antes de continuar es conveniente indicar que esa idea de la bondad por natura y de la maldad originada por las pasiones no nace con Shakespeare, sino que estamos ante una dicotomía que se ha señalado a lo largo de la historia. Así, por ejemplo, Baltasar de Castiglione asegura en *Il Cortegiano* que algunos desearían que en el mundo todo fueran bienes y que no existiese el mal, lo cual es imposible, ya que siendo el mal opuesto al bien, es casi necesario por la oposición y merced a un cierto balance.

Partiendo de ello, y teniendo en cuenta la constante mención al amor y la locura en la cosmología de Shakespeare, al mencionar el amor aseguro que viene determinado por el deseo (pienso en Montaigne que consideraba el amor como un deseo demente) y ello porque el amor (en todas sus variedades) es un tipo de pasión. De hecho, Shakespeare utiliza sus textos para que entendamos y asumamos que es una necesidad existencial del ser humano y que hace que nos salvemos de la insatisfacción y el hastío. En este sentido, pienso en su *Comedia de las Equivocaciones* cuando el personaje de Antífolo de Siracura se identifica con una gota de agua que busca en el océano a “su” gota de agua, y si no aparece se perderá inadvertida. Es, ciertamente, una búsqueda de la felicidad; si bien, como es obvio, para cada persona la felicidad consiste en objetivos y metas muy diferentes.

Llegados a este punto, debo admitir que, aunque parto de posiciones personales, tengo muy en cuenta a un autor como Ficino, en cuanto a la concepción neoplatónica que se tiene del amor en los siglos XV y XVI. Y ello me permite detectar en los textos de Shakespeare una enorme variedad de “amores”. Tales como: el amor como se entiende comúnmente (el amor hacia una persona: Ofelia, Antonio, Julieta); la ambición o amor al poder (el tío de Hamlet); el narcisismo o amor a uno mismo (Julio César); la envidia o el amor a lo que tienen los demás (Cassius en *Julius Caesar*; Don Juan en *Much Ado about Nothing*; o Yago en *Othello*); el celo o el amor exagerado hacia lo que uno supuestamente “posee” (el mismo Othello); la apariencia o el amor al que dirán. Y un sinnúmero de casos paradigmáticos que aún perduran en la sociedad y el mundo en el que vivimos. Todos ellos capaces de convertirnos en auténticas marionetas. Algo que tiene sentido si tenemos en cuenta que, según Séneca, las pasiones dominan, no son



dominadas. Una indefensión fácil de ver en Shakespeare y, en especial, en su soneto 129.

Por su parte, por locura (basándome igualmente en los textos de Shakespeare) entiendo toda actitud o comportamiento desmesurado y obsesivo, y no sólo la enfermedad mental. Y es que la obsesión y la desmesura nos terminan cegando; una idea que me obliga, por justicia, a mencionar al estudioso Dieter Mehl y ello porque, acertadamente, destaca en Othello su “ciega obsesión”. Así, un ejemplo de ello lo tenemos en la escena en la que Othello, oculto, escucha una conversación que mantienen Cassio y Yago en la que hablan de Bianca, pero el general piensa, dominado por los celos, que están mencionando a su mujer, Desdemona, y que se están burlando de él. Aún así, nada de esto nos debe “chocar” o “impactar”, porque hasta el mismo Aristóteles llamó locura a cualquier impulso que supere el juicio y el entendimiento. Además, si nos fijamos en las opiniones de muchos médicos y psicólogos del siglo XIX, llegaremos a la convicción de que toman como origen de la locura el exceso de determinadas conductas. Es, sin duda, un comportamiento que se apodera del individuo, ya que, tal y como Kant señala, la exagerada fuerza de una pasión no puede ser dominada. En este sentido, es especialmente significativo el pensamiento de Thomas Hobbes que considera que todas las pasiones que causan un comportamiento inusual o diferente, son denominadas locura. Igualmente, son muy útiles las ideas del médico del siglo XVIII, Philippe Pinel, dedicado al estudio de las enfermedades mentales, con su tesis de que las pasiones están en el origen de la locura.

Por tanto, el ser pasional, el amor, la locura, la desmesura, nos asemejan. Lo dice Shakespeare en *El Mercader de Venecia* cuando se asegura que el amor es ciego y que los enamorados no pueden ver las locuras que cometen. Una visión que ya Terencio nos

adelantó al considerar que los enamorados son locos y que vemos, del mismo modo, en la tesis de Maurice Charney, que no sólo nos aporta un magnífico estudio dedicado al amor, sino que nos indica que el amor es excesivo casi por definición. Y es, a su vez, lo que me llevó hasta los postulados de Michel de Montaigne; y ello porque considera que ningún alma está exenta de cierta dosis de locura. Algo que aparece nítidamente en las piezas de Shakespeare y que nos permite ver la moralización como uno de los pilares en los que se sustentan sus textos. Shakespeare quiere que asumamos que no somos ni tan importantes ni tan distintos a las demás personas. Especialmente, porque vivimos en un mundo en el que, como dice Basanio (en *El Mercader de Venecia*): la apariencia no tiene que ser la verdad, “al mundo lo engaña el oropel”.

Ciertamente, nada tiene que ser tal y como parece, algo que Yago indica en bastantes ocasiones y que se nos dice en *Julius Caesar*, ya que, y cito, “no toda apariencia es verdad”. De hecho, el mismo Julio César nos advierte de que a la imaginación no se le pueden poner límites, y esto nos lleva a Foucault cuando considera que, sin darse cuenta, cada uno se convierte en guardián de sí mismo. De este modo, hemos de ser conscientes de que la imaginación no tiene límites, porque nos hace fuertes. En este sentido, en las piezas de Shakespeare, vemos cómo el comportamiento de muchos personajes cambia sin poderlo evitar, dando lugar a una auténtica metamorfosis. Un hecho que se ve nítidamente en el personaje de Othello, ya que no pudo vencer a la ira, y dominado por los celos, terminó matando a la inocente y fiel Desdemona. De manera que los cambios de actitud nos indican que somos inconstantes, convirtiéndonos en seres dubitativos y débiles (pienso en la vulnerabilidad de Falstaff, consciente de sus deudas morales y financieras), en sujetos fútiles y ondulantes, difíciles de juzgar de un modo constante y uniforme. Es decir, tenemos muchas caras y esto

conduce, a menudo, a las dudas existenciales. A ese “ser o no ser” de Hamlet o a la angustia de Julieta. Porque intentamos hallar sentido a todo, encasillar, etiquetar, distinguir y definir con dicotomías y dualidades. Y, al no conseguirlo, nos perdemos, sentimos miedo. E, inmediatamente, casi como un mecanismo de defensa, definimos como loca a la persona que tiene un comportamiento diferente o difícil de entender. Y ahí Shakespeare sabe que nos hace daño. Porque quiere que pensemos, que dudemos, que nos cuestionemos las cosas. De modo que nos lleva por donde quiere. Es como un sereno viaje en góndola, porque lo hace con sutileza, con su exquisito dominio del lenguaje, pero él lleva el timón y sabe dónde quiere terminar. En ese momento, cuando pisamos el suelo firme, cualquier máxima pasa a ser un dilema. Y la locura no está exenta de ello. De modo que, a la vista de sus personajes, de los seres de su mundo (que son los de este mundo) y que actúan vencidos por su debilidad. ¿qué es la locura? ¿Qué es estar loco? ¿Quién no lo está, si en cada uno hay muchos perfiles que ni entendemos o conocemos? Lo que me lleva a acudir al pensamiento de Séneca, ya que consideró que a nadie le vino la cordura antes que la insensatez.

El mayor inconveniente (y ahí Shakespeare pone constantemente el dedo en la herida) es que el ser humano intenta con todas sus fuerzas definir como locura toda actitud diferente o sin sentido para las demás personas. Así, por citar un caso, se considera loco al adivino que advierte de sus malos augurios a la mujer de Julio César, Carmiana. Y, curiosamente, la mayor lección es que al final se hará justicia con estas personas, ya que, en este caso, el supuesto loco no se equivocaba. De modo que el soberbio y endiosado Julio César, que hizo caso omiso a las advertencias, poco pudo hacer cuando le apuñalaron. Momento en el que su dolor le convierte en paradigma de la debilidad absoluta. Una idea que me lleva a pensar en la escena en la que Apemanto,

en *Timón de Atenas*, dice: “¡Oh, cielos, qué masa de personas come de Timón, y él sin advertirlo!”. Así, volviendo a la imagen de Julio César en ese episodio en el Capitolio, estamos ante una marioneta indefensa a la que le están cortando los hilos ante la mirada de una multitud que no hace nada por evitarlo. En este sentido, sabido es que el soñador debe ser más fuerte que el sueño, algo que Julio César no pudo conseguir. Soñó que era un dios y ese sueño pudo con él, al igual que le ha sucedido a muchas personas. Estamos, por tanto, nuevamente ante el elemento moralizador que caracteriza a las piezas que nos ocupan, ya que todos, como sociedad, formamos parte de esa multitud vacilante. Y es que hasta el taciturno Hamlet nos advierte, porque, como espejo de su autor, como Shakespeare, quiere que sepamos lo débiles que podemos llegar a ser en una sociedad que convierte al más fuerte en el más débil.

Y es en el ser donde está el quid de la cuestión y lo que nos lleva a ese detallado conocimiento de la condición humana. Para llegar a entenderlo no podemos dar la espalda al establecido discurso que, interesadamente, ha fijado márgenes al delimitar aquello que se entiende por varón y mujer. De este modo, una vez hecho el análisis de ambos tópicos (amor y locura), y después de asociarlos, debemos detenernos en el vínculo del “varón” con la locura; para, posteriormente, analizar lo que sencillamente se ha denominado “mujer-locura”. En lo que concierne al varón (y valgan los casos de Julio César y Othello, a los que la sociedad condiciona), una de las ideas que aparece con mayor asiduidad es que el amor a sí mismo coloca el qué dirán y el honor por encima de cualquier cosa. Con lo que un personaje como Macbeth alimenta su ambición con el éxito militar (pese a que con esto acabe con su moralidad). Pero hay algo que les puede y ese algo es el temor al deshonor. De modo que, dominados por el orgullo, el deshonor se convierte en una obsesión que se teme más que la muerte. Una actitud que

expone Kant en su filosofía cuando indica que un orgulloso es, en cierta medida, un delirante. Y, por ello, en la mayoría de los casos (aunque hay alguna excepción como vemos en Antonio), los distintos personajes que ven cómo su honor queda dañado se lanzan a una venganza aniquiladora (conviene acordarse del momento en el que, en *Macbeth*, se define la venganza como la medicina que cura el dolor). Estamos ante una actitud que conduce a un final desolador. La venganza es, sin duda, el medio para volver a tener honor o una manera de hacer padecer a aquellos que los han llevado a esa situación no deseada. Y aquí, como en muchas más ocasiones, el fin justifica los medios. Es más, la venganza nos indica el nivel de maquiavelismo del que somos capaces. Porque, como decía Darwin, nos adaptamos al medio. Lo que me conduce hasta Volumnia, en *Coriolano*, cuando alude a su temperamento e indica que lo utiliza para sacar mejor partida a su cólera. Y, todo ello, fundamentalmente, porque vivimos en un mundo en el que, tal y como se asegura en *El Mercader de Venecia*, no existe vicio alguno tan sencillo que no adopte cualquier apariencia de virtud en sus cualidades externas.

En lo que concierne al vínculo de “ella” (o sea, la “mujer”) con la locura, es evidente que el concepto de locura ha sido utilizado por el discurso masculino para ocupar una posición más ventajosa que la mujer. Por ello, en este apartado, es necesario tener en cuenta los postulados de Michel de Foucault y la lucha por desmitificar lo que el “honor” masculino ha inventado. Y, para ello, hallo suficientes argumentos en el valor catártico que la naturaleza aporta. Un lugar en el que las cosas son puras, auténticas, sin estar manchadas por la sociedad y su interés. Es decir, la naturaleza es sinónimo de pureza, el lugar en el que alcanzar la inspiración y el conocimiento del ser. Algo que, evidentemente, se puede asociar con el pensamiento, siglos después, de un

autor como Emerson. No en vano es ahí, en la naturaleza, en donde se alcanzan los sueños (como podemos ver en *El Sueño de una Noche de Verano* en donde se sitúa, al mismo tiempo, el escenario del mito de Píramo y Tisbe) y en donde las mujeres se sienten liberadas. Igualmente, pienso en la muerte de Ofelia, ahogada, como paso para una libertad inalcanzable para ella en un mundo que no entendió. Sin embargo, también esta vinculación de la mujer con la naturaleza ha sido definida por el “varón” como señal inequívoca de locura. De hecho, la mención del agua y la mujer se ha comparado con el llanto (desde Tácito, llorar se considera una actitud femenina) y, por tanto, la debilidad y la poca fortaleza mental. Como puede verse, en este contexto, también se culpa a la mujer. Hasta Hamlet las vincula con la debilidad; lo mismo que Laertes al asegurar que cuando deje de llorar se irá la mujer que hay en él; o Lord Jacques, en *Como Gustéis*, cuando asocia la melancolía de la dama con el amaneramiento. Por ello, no debe llamarnos la atención que Shakespeare “aporte” maridos, como es el caso de Othello, que desconfían de sus esposas. Y es que el discurso masculino necesita mostrar a la mujer como la causante de todos los males, como las hijas de la Eva que le dio de comer la manzana a Adán; y que, supuestamente, con su actuación conducen a la perdición. Un hecho que nos indica nítidamente Hamlet al decir: “Sé casta como el hielo y pura como la nieve, pero no te escaparás de la calumnia”. Es decir, las mujeres juegan con desventaja y se las desoye (como es el caso de Carmiana que, además de tener el “inconveniente” de la feminidad, en una sociedad así, es estéril; por lo que su marido considera que hay algo en ella que no “funciona”). De hecho, hasta el honor familiar y, especialmente, el interés paternal (no olvidar que sus deseos son casi ley) se basan en conseguir un buen estatus social y económico, sin importar lo que quiera la hija (tal es el caso de Julieta, o el de Hermina en *El Sueño de una Noche de Verano*).

Por lo que no me cabe duda de que Shakespeare no ha cambiado totalmente la visión acerca de la mujer que existía en su época. Si bien tampoco, por ello, se le puede definir como misógino ya que, sencillamente, sigue la temática del momento. Lo que me lleva a estar de acuerdo con Jonathan Bate cuando, al aludir a esa visión que se tenía en el siglo XVI y fijarse en un autor tan importante como Marlowe, asegura que “las mujeres de Marlowe nunca fueron activas, no pasaban de ser un esbozo sin elaborar”.

Como pueden ver, con esta charla (conferencia) vamos de cara y abordamos, con ganas, temas esenciales para entender a uno de los iconos por excelencia de la literatura universal. Un autor que no duda en mostrarnos sus cartas y ponernos ante tópicos como el maquiavelismo (para no quedarnos solamente con el personaje de Yago en *Othello* podemos destacar las malas intenciones de Edmund en *King Lear*), el honor (hasta un personaje como Falstaff llega a dudar de la enorme importancia que le otorgan y considera que no es más que aire), la venganza, la misoginia, el amor, los sueños, la homosexualidad (pensamos en el sueño de Cassio), la fantasía, la locura, la pasión y, por supuesto, la muerte como salvación (pienso en Hamlet, que desea la muerte porque no quiere vivir en un mundo en el que ha desaparecido la moralidad; o en Julieta, que no quiere vivir en un mundo sin la persona a la que ama; e, igualmente, me acuerdo de Valentín, en *Los Dos Hidalgos de Verona*, cuando cuestiona por qué no es mejor la muerte que su melancolía). Es decir, la muerte es el paso para que los enamorados vivan felices. Ciertamente, Shakespeare nos enseña que la muerte es un paso común a todos, tal y como adelantó Séneca al afirmar: “Morirás no porque enfermes, sino porque vives”. En la misma línea, Montaigne dice que los viejos y los jóvenes dejan la vida igual. No cabe duda de que hay que mirar la muerte de forma diferente, de manera valiente y positiva. La muerte forma parte del destino común de

todos los seres y nos iguala. Y es que estamos ante un autor que nos enseña la luz y la oscuridad de este mundo y de la condición humana. Cualidad por la que Harold Bloom considera que nadie le ha igualado como psicólogo y pensador. Porque cada uno es un mundo por sí mismo y lo único que podemos deducir es lo que nos asemeja, pero jamás cómo actuaremos estando dominados por ese punto débil que cada uno tiene. Un hecho que me lleva a acudir al poeta, filósofo e historiador alemán del siglo XIX Schiller. Puesto que, de acuerdo con su filosofía, las ambigüedades morales, las metamorfosis y las dudas individuales afectan necesariamente al corazón, a la mente y al ser. Por ello, afirmo que detenernos a pensar en la auténtica identidad de Shakespeare es lanzar una moneda al aire y que la cuestión no es quién fue Shakespeare. Ese es el señuelo que nos pone en el camino para confundirnos, para que no sea tan sencillo adivinar sus intenciones. A eso juega. Ese es el pago que hemos de abonar para llegar a su objetivo: moralizar (como en *El Mercader de Venecia* cuando se dice: “¿Acaso los judíos no tienen ojos? ¿No tienen acaso manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos y pasiones?”) ¿Quién es Shakespeare? O no sería mejor decir quiénes fueron Shakespeare. Tal vez desde un conde (el conde de Oxford), hasta Bacon. Es más, tengo claro que la persona que llevaba este apellido no pudo hacer el legado que nos ha llegado. Por distintas razones. Una, porque ese apellido no pertenecía a los estamentos sociales altos y en aquella época solamente se tenía acceso a la información y el conocimiento perteneciendo a estos, y segundo porque el amplio conocimiento en tantas y variadas materias necesitaba de varias personas. Obviamente hay más argumentos que lo avalan, pero eso es lo de menos porque, para empezar, debemos averiguar quiénes somos en este mundo, en un cosmos diseñado por el Cisne de Avon y luego llegar a asumir que Yago podemos ser todos, Othello también y, por supuesto,



incluso el patético Horacio, pensando que era más inteligente que nadie. ¿Quién es Shakespeare? Como dijo Borges, cualquier persona que copia una línea de Shakespeare es Shakespeare, porque, en el fondo, todos somos iguales. Todos somos Shakespeare. A mi entender, una auténtica cura de humildad en una sociedad tan dada a etiquetar.

Sin duda, con sus textos el Cisne de Avon nos enseña lo que es el ser humano. En este sentido, he de destacar a William Hazlitt, que —en un artículo editado en 1816— de forma acertada asegura que el talento de Shakespeare consiste en simpatizar con la naturaleza humana, en todas sus formas. Y también señala que para conocer la fuerza del genio humano debemos leer a Shakespeare, cuyo genio se basa en su capacidad para ver los dos lados de una cuestión y sentir empatía con todo. Con lo que el bardo nos enseña lo dubitativos e inconstantes, fuertes y, a la vez, débiles que podemos llegar a ser (pensemos en la cuarta escena de *King Lear* cuando se dice que somos para los dioses como las moscas para los chiquillos). Sus textos no son para deducir quién fue él, ni mucho menos, sino para que nos miremos en ellos. Por ello, tal y como dijo Peter Brook:

No es el método shakespeariano lo que nos interesa. Es la ambición shakespeariana. La ambición de cuestionar a los individuos y a la sociedad en su acción, en su vínculo con la existencia humana. Quintaesencia y polvo.

Sus textos son espejo de lo que somos. Es más, este hecho me permite evidenciar, nuevamente, que esta conferencia (charla con amigos) es un análisis de las personas y del mundo que pintó. Y lo hizo de manera tan acertada y nítida que cada uno de sus textos no sólo perduran, sino que, además, tienen especial vigencia. Porque, al fin y al cabo, el ser humano no cambia. Así que lo menos importante es decir si Shakespeare

era misógino (especialmente al ver la imagen que se da de Catalina en *La Fierecilla Domada*), machista, homosexual (pienso en sus conocidos sonetos de amor) y un sinfín de definiciones que se han utilizado a lo largo de la historia.

En definitiva, y ahora si que voy terminando (no se asusten), hoy, con “Shakespeare somos todos”, y las perspectivas, en cierta forma, personales y novedosas desde las que se plantea, les invito a que se embarquen en una literatura cuyo timón cuesta sujetar, pero que, cuando se coge, te engancha. Que Shakespeare les guíe y que, ustedes, a su vez, aporten a este mundo.

Todos tenemos mucho que enseñar. Y no se asusten si muchos, como Castiglione, consideran que estamos más dispuestos a censurar los fallos que a loar los aciertos. Especialmente, porque el autor isabelino dominó la ambigüedad y el subjetivismo a la perfección. Y es que, tal y como se dice en *El Sueño de una Noche de Verano*: “Esta lámpara es la luz de la luna”. Es más, no deja de burlarse del ser humano. De ahí el canto de Esteban, en *La Tempestad*, al aconsejar que nos burlemos y mofemos, para terminar defendiendo la libertad de pensamiento.

Shakespeare sabe y domina todo esto; y, por eso, también se burla de lo subjetiva que es la supuesta importancia del ser humano en un mundo en el que, ciertamente, somos una especie más.

Insisto, les ánimo a ello. A todos. Y les aconsejo que nunca se den por vencidos. Al fin y al cabo, como dijo el Cisne de Avon:

“Somos del mismo material del que se tejen los sueños”.

Cada día de mi vida, el enigmático William Shakespeare, a medida que avanzaba en la lectura de sus textos, ha puesto ante mí todo un mundo de posibilidades, y me ha enseñado que no debemos encasillarnos en las definiciones. Ya que, cada vez

que alguien defina algo de acuerdo con su visión de las cosas, existirá, al menos, una persona que pueda definir ese mismo término o idea en el sentido totalmente opuesto.

Pero, especialmente, no podemos vencer a los sentimientos y ello porque somos pasión. Para bien o para mal.

Éste es mi mundo de amor y locura. Éste es el Shakespeare, que, como decía Borges, hay en mí.

De todo corazón, gracias por su atención